

PUEBLO Y ÉLITES EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA, 1808-1939 (REFLEXIONES SOBRE UN DESENCUENTRO)*

Juan Francisco Fuentes
Universidad Complutense

Escribir para el pueblo —decía mi maestro—,
¡qué más quisiera yo!

A. Machado: *Juan de Mairena* (LI)

«El liberalismo español nace entre guerras». Estas palabras, escritas en 1930, pertenecen a Manuel Azaña y resumen esa espléndida panorámica sobre la trayectoria histórica de nuestro liberalismo que es su artículo *Tres generaciones del Ateneo*¹. Meses después de publicarse este texto, el advenimiento de la República parecía culminar el ciclo ascendente del liberalismo español, cerrando así un interminable proceso histórico en el que, según apunta Azaña en su artículo, se habían alternado algunos logros con imperdonables claudicaciones. El trágico destino de la II República concede a sus palabras un significado insospechado en 1930 y hace muy tentadora la comparación entre la Guerra de la Independencia y la guerra civil de 1936, tema, por lo demás, de reflexión frecuente entre los intelectuales que participaron en esta última.

De este largo período *de entre guerras*, que corre entre los años 1808 y 1936, se ha destacado muchas veces la obsesión de las élites liberales españolas por contar con un público adicto. No se trata, sin embargo, de un fenómeno aislado de nuestra historia cultural. En el paso del Antiguo Régimen a la sociedad liberal, y posteriormente en la lucha por la plena modernización del país, una gran parte del debate nacional

* Este artículo se inscribe en el marco de un proyecto de investigación, del que soy director, titulado *Pueblo y público en la España del siglo XIX (1808-1874)* y financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica, cuyo apoyo quiero agradecer públicamente.

¹ *Tres generaciones del Ateneo*, texto recogido en M. AZAÑA, *Antología*, I, *Ensayos*, ed. de F. Jiménez Losantos, Alianza Ed., Madrid, 1982, p. 213.

sobre el cambio discurre a través de los conceptos de nación, pueblo y público, en todas sus acepciones y derivados, para desembocar en dos cuestiones capitales en la configuración de la sociedad contemporánea: el origen de la soberanía y la creación de un mercado nacional.

Se explica así la encarnizada batalla semántica que unos y otros libran en torno a estos conceptos, la dificultad de los liberales para fijar una definición estable de los mismos y la utilización del *público* y de los foros que le son propios —el coso taurino, el teatro, los paseos públicos...— como metonimia del orden social y de la lucha cultural entre lo nuevo y lo viejo.

El fenómeno se advierte ya en el siglo XVIII, tanto en la literatura, principalmente periodística, como en el arte. El periódico *El Censor* (1781-1787) busca el apoyo del público para emanciparse del pesado mecenazgo del poder². En la misma época, Goya se refugia en su obra gráfica para hacer, como le dice a su amigo Zapater, «observaciones a que regularmente no dan lugar las obras encargadas, y en que el capricho y la invención no tienen ensanches»³. La sátira social que practican los intelectuales y artistas de la Ilustración va dirigida sobre todo contra los dos segmentos extremos de la sociedad estamental: la aristocracia y las clases populares. Entre ambos existe un espacio social intermedio que las élites ilustradas consideran propicio para el despliegue de un discurso reformista y modernizador⁴.

Todo ello ocurre todavía en los albores de la Revolución liberal. A partir de 1808, el inminente tránsito al nuevo orden social exige una toma de posición del liberalismo en torno al concepto de nación, el mercado nacional, la identidad social del sujeto revolucionario y, finalmente, el papel del pueblo en el cambio histórico que se avecina. Hasta 1814, esta última cuestión se resuelve en el campo liberal con relativa

² Cfr. al respecto mi artículo «*El Censor* y el público», en *Estudios de Historia Social*, núms. 52-53, 1990, pp. 221-230.

³ Cit. por Edith HELMAN, *Trasmundo de Goya*. Madrid, 1986, p. 12.

⁴ Véase, por ejemplo, la defensa de las virtudes públicas y privadas que hace Marchena en un texto de 1792: «La clase media es solamente la que puede dar una buena educación a sus hijos, lejos de la sordidez y de la miseria, (y) lejos de los contagiosos ejemplos de la opulencia». Según él, en los países donde existe una gran desigualdad de fortunas «las clases medias vinculan los conocimientos, y me atrevería a decir, también las virtudes», frente al «letargo eterno» de los «jornaleros» y «el vicio y el libertinaje» de los poderosos. Su posición intermedia entre la plebe y los privilegiados convierte a esta «estimable parte de la nación» en la única capaz de promover la necesaria transformación de la sociedad española (*Biblioteca de educación pública. Discurso preliminar*, recogido en mi edición de la *Obra española en prosa* de José Marchena, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, pp. 97-108).

unanimidad: el pueblo es el protagonista de la guerra y de la revolución, por lo que la obra de las Cortes —por ejemplo, la Constitución— debe tenerle como principal referente, entendido el pueblo como nación, en un sentido vagamente interclasista. Usada reiteradamente y de forma pendular —es decir, sin que se llegue a *centrar* su significado—, la voz *pueblo* tiene entonces como un poder hipnotizador sobre la opinión pública y sobre las masas combatientes. Como dice Antonio Capmany, «este nombre de pueblo, repetido con tanto conato y énfasis en esta época por los declamadores políticos, no tiene una definición clara y exacta en sus escritos»⁵.

A partir de 1820, una vez restablecida la Constitución, se aprecia un cambio radical en un amplio sector del liberalismo español, que pretende deshacerse de las clases populares como compañeras de viaje en el tránsito a la sociedad liberal. Este giro conservador del liberalismo se explica por la desaparición del factor que coyunturalmente había impuesto la participación del pueblo en las nuevas instituciones y que no era otro que la guerra contra los franceses. Pero incluso durante la Guerra de la Independencia, en 1810, un intelectual liberal como Alvaro Flórez Estrada publicaba en Londres una *Historia de la revolución de España* defendiendo la tesis, entonces insólita entre los liberales, de que la revolución era obra de «las luces» y sus partidarios, y no del pueblo, al que considera «víctima de su ignorancia, única causa de todos sus males», y como tal incapacitado para las grandes empresas políticas. Nótese, en todo caso, que el texto de Flórez Estrada se publica en el extranjero, lejos, por consiguiente, del fragor del combate y del clima de exaltación nacional y popular creado por la literatura liberal.

El testimonio de Flórez Estrada pone de relieve, por una parte, el doble lenguaje al que recurre el liberalismo español al pronunciarse sobre ciertas cuestiones en las que *teme* enfrentarse abiertamente con la opinión del país, y, por otra, la dificultad de los liberales para identificar a su propia base social. Porque si el agente de la revolución no es el pueblo, embrutecido por el absolutismo, ni las viejas clases privilegia-

⁵ Cit., por M. ARTOLA, *Los orígenes de la España contemporánea*, Instituto de Estudios Políticos, II, Madrid, 1959, pp. 456-457. Cfr. también, P. VILAR, «Patria y nación en el vocabulario de la Guerra de la Independencia en España», en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*. Ed. Crítica, Barcelona, 1982, pp. 210-252; J.R. AYMES, «La société espagnole (1808-814): La notion de public», en *La Revolution française et son «Public» en Espagne entre 1808-1814*. Annales Littéraires de l' Université de Besançon-Les Belles Lettres, Besançon-Paris, 1989, obra fundamental para la primera parte de mi artículo; cfr. finalmente J.F. FUENTES, «Concepto de *pueblo* en el primer liberalismo español», en *Trienio. Ilustración y Liberalismo*. núm. 12, nov. 1988, pp. 176-209.

das, por su propia naturaleza, ni una burguesía apenas desarrollada, ¿quiénes podían ser los revolucionarios españoles? El propio Flórez Estrada nos da la siguiente respuesta en un párrafo un tanto prolijo y abigarrado, como fruto de un gran esfuerzo no del todo airoso:

Los que han contribuido con más calor a inflamar a sus conciudadanos han sido aquellas personas de todas clases que más odiaban el despotismo y la injusticia; han sido aquellos hombres más ilustrados acerca de la libertad y de la dignidad a que debe aspirar todo el que no se halle corrompido por el crimen o degradado por la baja; eran aquellos que más se compadecían de la suerte de sus semejantes; aquellos mismos, finalmente, que más defendían la causa de los franceses cuando luchaban por recobrar su libertad y reformar la multitud de abusos con que les había hecho gemir el despotismo de su gobierno anterior; aquellos a quienes por desprecio se les llamaba por los satélites y defensores del despotismo jacobinos, y que por ser más virtuosos y más ilustrados se hallaban más dispuestos a hacer todos los sacrificios posibles por conseguir vivir en un gobierno justo, en donde la ley protegiese igualmente al pobre que al poderoso y en donde se persiguiese al delincuente⁶.

De esta larga digresión parece deducirse una conclusión importante: a juicio del autor, los artífices de la revolución liberal son aquellos ciudadanos «de todas clases» que más destacan por su virtud e ilustración y cuyo amor a la libertad les llevaría a buscar una forma de gobierno en la que la ley, socialmente neutra, ampare por igual al pobre y al poderoso. Podría decirse que los liberales españoles se ven a sí mismos como una élite ilustrada y virtuosa que ocupa un espacio social difuso, pero en todo caso intermedio entre «el pobre» y «el poderoso», es decir, entre los dos grandes sectores en conflicto en la sociedad de Antiguo Régimen. Soló en ese ambiguo término medio podrían reinar la virtud, la libertad y las luces.

En realidad, esta apelación desde el liberalismo a una élite de clase media como único factor de progreso no aporta novedad alguna respecto a la época ilustrada. El liberalismo exaltado, de corte más o menos popular, que se desarrolla a partir de 1820 no llega tampoco a romper con la ambigüedad del concepto de pueblo, como de otros conceptos fundamentales sometidos a una continua reformulación —libertad, igualdad, etc.—. Un periódico radical como *El Eco de Padilla* tiene que recurrir a una alambicada definición *sensu contrario* para soslayar la gran trampa semántica urdida por unos y otros en torno a la voz *pueblo*:

⁶ A. FLÓREZ ESTRADA, *Introducción para la historia de la Revolución de España*, en *Obras de Álvaro Flórez Estrada*, BAE, tomo CXIII, Madrid, 1958, p. 293.

Por pueblo entendemos aquí todos los que, sea la clase que quiera a la que pertenezcan, ignoran las verdades o padecen errores⁷.

Según *El Eco de Padilla*, su significado está, pues, estrictamente acotado al ámbito cultural: *pueblo* es ignorancia, *venga de donde venga*. A falta de un contenido social claro, el término —y en realidad todo el instrumental sociológico del liberalismo ascendente— se irá revistiendo de múltiples connotaciones culturales, en una amplísima gradación de matices —favorables o adversos—, según la propia gradación democrática del liberalismo español.

Ahora bien, desde finales del siglo XVIII, el bello ideal reformista de las élites burguesas sufre varios fracasos: primero, en la época del Despotismo ilustrado, al faltarle el apoyo de la Monarquía; posteriormente, ya en su formulación liberal, con las dos restauraciones absolutistas, en 1814 y 1823, favorecidas, entre otras cosas por la debilidad estructural de la burguesía española. Cuanto más se demora la revolución liberal mayores son las dificultades para la plena eclosión del liberalismo español. Se genera así en la España contemporánea una dialéctica profundamente perversa, una especie de gran tautología histórica: el raquitismo de la burguesía y la falta de auténticas masas liberales hacen muy difícil el triunfo del liberalismo, lo que provoca a su vez un desarrollo tardío y limitado del capitalismo nacional con todos sus atributos —burguesía, mercado, régimen representativo, alfabetización, público...

En Mariano José de Larra encontramos el supremo exponente de las contradicciones históricas provocadas por la revolución liberal española, de la esquizofrenia social que ello desencadena en el intelectual progresista y, en definitiva, de su desamparo ante una realidad adversa, que le niega lo más preciado: un público numeroso, sensible, comprometido con su obra. Es este un tema recurrente en la obra de *Fígaro*, siempre en perpetuo diálogo con un interlocutor imaginario —el público— al que suele atribuir una vaga identidad colectiva, a veces tan difusa y etérea, que el autor acaba dudando de su existencia:

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, o es un ente real y efectivo?⁸

⁷ *El Eco de Padilla*, 17 de agosto de 1821, p. 130.

⁸ «¿Quién es el público y dónde se encuentra?», *El pobrecito hablador*, 18 de agosto de 1832; cito según la ed. de *Artículos varios* de E. CORREA CALDERÓN, Ed. Castalia, Madrid, 1982, p. 258.

Ésta es la importante cuestión que examina Larra en un célebre artículo titulado «¿Quién es el público y dónde se encuentra?» En principio, su impresión es que «según lo mucho que se habla de él (...) no hay duda en que existe el público». Pero, una vez sentada esta premisa, al autor se le plantea un problema hartamente complejo, y es definir la personalidad del público, sus costumbres, sus aficiones, su tipología. Tras un paciente trabajo de campo por los lugares públicos de la capital, el periodista saca dos conclusiones:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. (...) Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar, concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que éste es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; (...) que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; (...) y, por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados⁹.

En otras palabras: existe un problema tal de incomunicación entre el autor y el público, que el pretendido diálogo entre ambos queda finalmente reducido a un «monólogo desesperante y triste para uno solo», según otra famosa sentencia de *Figaro*. En la segunda conclusión, el autor opera por reducción al absurdo para acabar demostrando que el público es un mito, que lo es todo y no es nada y que, en todo caso, carece de una identidad definida y de fisonomía propia, como no sea la del famoso monstruo de Horacio, en el que parece pensar Larra. Todo ello viene a parar de nuevo al problema de la existencia del público, de la que depende la viabilidad de la prensa como modelo cultural de la sociedad contemporánea. Si, como dice *Figaro*, «un periodista presume que el público está reducido a sus suscriptores», la impresión es que «no es grande el público de los periodistas españoles»¹⁰.

El problema tiene en su doble dimensión, cultural y social, una extraordinaria importancia, lo que explica que aparezca una y otra vez en la obra de Larra, a veces indirectamente, como ocurre con sus frecuen-

⁹ *Ibíd.*, p. 267.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 266.

tes digresiones sobre la estructura social del país. En definitiva, la cuestión es la misma: la búsqueda de un público lector y de un *pueblo* liberal, el primero como plataforma social y económica de la cultura contemporánea a través de la prensa, a la que no en vano Larra califica de «escuela indispensable, si no un síntoma de la vida moderna»; el segundo, entendido como tercer estado, en un sentido amplio, y como sujeto social de la revolución. Pero a la hora de encontrar y definir a ese pueblo Larra se topa con los mismos problemas que en su búsqueda del público, acaso por tratarse de la misma cosa.

Así, en su larga reseña del *Antony* de Dumas, *Fígaro* disecciona la anatomía de la sociedad española con una excepcional precisión y firmeza:

Hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento; hay en ella tres pueblos distintos: 1.º, una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades carece de estímulos; porque acostumbrada a sucumbir siglos enteros a influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido; 2.º, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza a tener necesidades, que desde este momento comienza a conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando sólo puede ganar (...); 3.º, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola España, y que se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demas: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilbury y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo¹¹.

Es evidente, tal como ha subrayado Claude Morange, la proximidad de Larra a la llamada clase media, considerada como el único factor de progreso en la España de la época, porque «si la ociosidad hace malo al rico —dice el autor en otro texto—, la necesidad hace malo al pobre». La conclusión de Larra, según señala acertadamente el propio Morange, es que el intelectual español no puede contar ni con la masa, inculta y fanática, ni con la minoría aristocrática, desnacionalizada e insensible: «su público lo constituirá la clase media»¹². El problema radica, por

¹¹ *Antony. Drama nuevo en cinco actos de Alejandro Dumas*, recogido en *Artículos de crítica literaria y artística* de M.J. de LARRA, Espasa-Calpe, Madrid, 1968, p. 228.

¹² C. MORANGE, «Visión de la estructura social en los artículos de Larra», en *Revisión de Larra*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon-Les Belles Lettres, París, 1983, pp. 185-216.

consiguiente, en la estructura de clases de la sociedad española, porque, como dice Larra, «apenas tenemos una clase media numerosa y resignada con su verdadera posición; si en España hay clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc.; aquí no hay más que clase alta y clase baja»¹³. Se comprende así la soledad que abrumba al periodista madrileño —«escribir en Madrid es llorar»—. Bien es verdad que el firme compromiso político que Larra asume ante la revolución y la guerra le obliga a veces, en su obra más militante, a disimular su frustración tras una imagen idealizada y vindicativa de las clases populares, visible, por ejemplo, en su artículo «Los barateros».

No quisiera terminar esta primera parte de mi artículo sin insistir en dos factores de notable trascendencia para lo que aquí se trata. El primero lo ha señalado Jean-René Aymes, y es la notable confusión semántica que, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, existe entre los conceptos de pueblo y público, conceptos a veces intercambiables, que se van perfilando lentamente, como la propia realidad que pretenden definir¹⁴. En todo caso, la voz *público*, tradicionalmente asociada al espectáculo, oscilará entre un papel meramente receptivo, como conjunto de espectadores que asisten a un espectáculo —teatro, toros, paseos públicos, pero también una sesión en las Cortes...—, y un papel activo en la configuración de la realidad, sea en las costumbres más inocuas, sea imponiendo opiniones retrógradas o pervirtiendo el llamado *buen gusto*, de ahí la tendencia de los escritores españoles a partir del siglo XVIII a culpabilizar al público de la depravación de nuestro arte dramático.

El segundo factor se deriva en parte del anterior, y es la tendencia de nuestras élites liberales —patente asimismo en Larra— a interiorizar como una inexorable fatalidad histórica el encadenamiento entre el subdesarrollo cultural del país y su estancamiento social. ¿Cómo romper ese círculo vicioso que había hecho fracasar primero el proyecto ilustrado y luego la utopía democrática del liberalismo romántico y radical? El transcurso del siglo XIX no resuelve el problema, sino que más bien lo hace crónico, a pesar de algunas apariencias. El fracaso del Sexenio añade nuevas frustraciones a las élites progresistas, que se ven poco a poco aprisionadas entre el conservadurismo triunfante y la nueva cultura del movimiento obrero emergente. El notable desarrollo que experimenta la prensa diaria durante la Restauración, con la aparición

¹³ «Jardines públicos», en *Artículos varios*, *op. cit.*, p. 432.

¹⁴ J.R. AYMES, *op. cit.*, p. 217 y ss.

de un auténtico periodismo de masas, resulta un elemento desconcertante en un país que parece instalado en el subdesarrollo. José Carlos Mainer aduce tres factores para explicar el ensanchamiento social del público lector en la España de fin de siglo: 1. El crecimiento urbano impulsado por una industrialización muy localizada —País Vasco, Cataluña, Madrid—; 2. La «vigorosa remoción de la conciencia de las clases medias», que se movilizan contra los abusos del régimen de la Restauración y su escandalosa inanidad histórica; 3. El acceso de ciertos sectores de la pequeña burguesía y del proletariado más acomodado a una nueva conciencia política y cultural, alimentada por el discurso, siempre versátil y contradictorio, del republicanismo urbano¹⁵.

De todas formas, ni el limitado desarrollo industrial de finales de siglo colmaba las expectativas de progreso de las clases medias liberales, ni la aparición de nuevos acabaría con el inveterado aislamiento social del intelectual español. Al contrario, la crisis del 98 parece provocar un renovado afán en las élites intelectuales por disponer de un verdadero público lector:

Hay que ir al público —sentencia Gregorio Martínez Sierra en una tertulia modernista— ..., necesitamos que nos lea la gente... No podemos seguir escribiendo para leernos los unos a los otros... Yo quisiera llevar la Poesía, como los sacerdotes llevan la Sagrada Forma, hasta las porterías y las boardillas... Hay que organizar el apostolado de la buena literatura. (...) Yo entiendo algo de números, soy hijo de comerciante, tengo un temperamento organizador y he de hacer que el público nos conozca, que te conozca a ti y a los Machado y a usted, joven amigo...

Esto último lo habría dicho Martínez Sierra señalando al joven Cansinos Assens, testigo y cronista de la escena¹⁶, según cual, el audaz desparpajo de Martínez Sierra causaba escándalo entre algunos exquisitos que oían con horror tales propósitos y preferían, como Juan Ramón Jiménez, seguir en un autismo irreductible —«Juan Ramón hace una mueca de desagrado, casi de horror... Los periódicos, el público...»¹⁷

Salvo excepciones, el principal reto al que se enfrentan los intelectuales de la Edad de Plata es la ruptura de eso que Mainer llama el

¹⁵ J.C. MAINER, *La doma de la quimera*, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 1988, pp. 149-150.

¹⁶ R. CANSINOS ASSENS, *La novela de un literato*, I, Alianza Ed., Madrid, 1982, p. 154.

¹⁷ *Ibíd.*

«maleficio social» del escritor: su precariedad, sus represiones y, sobre todo, su aislamiento¹⁸. El descrédito de la bohemia a principios de siglo es un síntoma de este nuevo contexto. No obstante, su dificultad para comunicarse con el público les lleva en ocasiones al terreno de una sentimentalidad tortuosa y errática, que oscila entre una sublimación metafísica del *pueblo* y el regreso a un individualismo de corte existencialista. Ambas actitudes —populismo y egotismo— se dan de forma alternativa, por ejemplo, en Miguel de Unamuno. En un artículo suyo del año 1903, titulado «Verdades amargas», encontramos una clara referencia al resentimiento que las élites nacionales guardan hacia un pueblo «que no sabe alzarnos en sus hombros»:

Me parece ver que la mayoría de los llamados intelectuales españoles siente una cierta irritación sorda en contra de España o del pueblo español, y es claro que esto provendrá de cómo es nuestro pueblo, pero también, y en mayor grado aun, de cómo son esos intelectuales, de su actitud frente al pueblo y de la actitud del pueblo frente a ellos.

La verdad del caso me parece ser que nuestro pueblo apenas hace aprecio alguno de esos *intelectuales*¹⁹ que le denigran, y ellos no pueden tolerarlo²⁰.

Pasados quince años, el propio Unamuno explicaría con cierta melancolía el viejo conflicto social que venía torturando a los miembros de su generación:

¿Que se ha hecho de los que hace veinte años partimos a la conquista de una patria? (...) Nos encontrábamos sin ella, huérfanos espirituales. Ansias insaciables nos consumían los redaños del ánimo. Ninguno de nosotros sabía lo que buscaba. Aunque sí, lo sabíamos muy bien. Cada uno de nosotros buscaba salvarse como hombre, como personalidad. (...) Nuestro pecado fue partir a buscar una patria (...) y no una hermandad. No nos buscábamos unos a otros, sino que cada cual buscaba su pueblo. O mejor dicho, su público. La patria que buscamos era un público, un público, y no un pueblo, y mucho menos una hermandad²¹.

¹⁸ J.C. MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Ed. Cátedra, Madrid, 1983, p. 70. Cfr. también, del mismo autor, «Literatura burguesa, literatura pequeño-burguesa en la España del siglo XIX», en *Creación y público en la literatura española*, Ed. Castalia, Madrid, 1974, pp. 162-180.

¹⁹ El término *intelectual*, como sustantivo, era de muy reciente incorporación a la lengua española, pues al parecer empezó a utilizarse hacia 1895. Cfr. Carlos SERRANO: «Los intelectuales en 1900: ¿Ensayo general?», en *1900 en España*, Espasa-Universidad, Madrid, 1991, pp. 85-106.

²⁰ M. de UNAMUNO, «Verdades amargas», en *El Globo*, Madrid, 18 de febrero de 1903.

²¹ «La hermandad futura», en *España*, 5 de agosto de 1918.

En un texto posterior de Antonio Machado —un pasaje de *Juan de Mairena*— apreciamos idéntica confusión de conceptos, idéntico ir y venir del pueblo al público en busca de alguien a quien el intelectual echa de menos sin saber muy bien de quién se trata. El estilo vacilante de este pasaje evidencia la persistente inseguridad de nuestras élites a la hora de afrontar la cuestión, incluso en un momento de exaltación populista como es el año 1936:

Pero el público, señores... ¿qué diremos del público? Del público, mejor diré: del pueblo²², que ya no quiere ser público en el teatro, hablaremos otro día. Sólo adelantaremos —añadía Mairena— que ha sido él quien ha salvado más valores esenciales en el teatro, casi todos los que han llegado hasta nosotros²³.

Patria, pueblo, público... Desde el siglo XVIII, el problema es siempre el mismo: construir una auténtica patria sobre pautas razonables de convivencia, asentada en unas masas urbanas —a la vez pueblo y público— comprometidas con el proyecto de modernización propuesto por las élites liberales. El reiterado fracaso de este empeño histórico no obsta para que, una y otra vez, las minorías ilustradas generen nuevas alternativas frente a la quiebra cultural producida con el cambio de siglo, fenómeno que, como dice Carlos Serrano, anticipa en veinte años la gran crisis política de la Restauración²⁴. En el primer tercio del siglo XX, casi todos los esfuerzos de los intelectuales por romper su soledad se alimentan de alguna forma de populismo:

La búsqueda de un pueblo que se inventa como tema —dice Mainer—, se manipula como esperanza y se desea como imaginario auditorio, siempre al margen de una sociedad industrial, siempre identificado con la España rural y muda. Politización y populismo son los dos torcedores de la aventura artística de treinta años²⁵.

Lo demuestra el éxito del «Justo homenaje» que el diario republicano *El Globo* rinde en enero de 1903 al «pueblo» por sus sacrificios en

²² Nótese el curioso paralelismo —paralelismo inverso, podríamos decir— que existe entre este texto y el anterior de Unamuno, fechado dieciocho años antes: «Cada cual —decía don Miguel— buscaba su pueblo. O, mejor dicho, su público...»; «Del público —leemos en *Juan de Mairena*—, mejor diré: del pueblo...».

²³ *Juan de Mairena*, XXI, ed. de Antonio Fernández Ferrer, Cátedra, Madrid, 1986, p. 187.

²⁴ J.C. MAINER, *La Edad de Plata. op. cit.*, pp. 70-71.

²⁵ Carlos SERRANO, «1900 o la difícil modernidad», en *1900 en España*, Espasa Universidad, 1991.

la guerra de Cuba, homenaje que concita la adhesión entusiasta de la «juventud intelectual española»: Azorín, Baroja, Marquina, Salvador Rueda, etc.²⁶

En todo caso, el triunfo del populismo no excluye otras estrategias de aproximación a las masas. La que orienta las sucesivas tentativas periodísticas de Ortega y Gasset tiene una fuerte dosis de voluntarismo. Su propósito, como es bien sabido, era convertir sus empresas periodísticas en un modelo de eficacia y rentabilidad, según los parámetros del capitalismo moderno, y en un espacio propicio para el ansiado encuentro entre la vanguardia intelectual y un público de clase media. La solvencia cultural de la empresa —su capacidad para seducir a amplios sectores sociales— era la clave de su solvencia financiera y de su independencia política. Se trataba de un experimento empresarial decisivo para acabar con eso que el propio Ortega llama «nuestra anemia vital», es decir, el estancamiento nacional a todos los niveles²⁷. El éxito del capitalismo como fórmula idónea de desarrollo tenía que basarse en el éxito *de público* de un proyecto cultural amplio, a la vez modernizador y democratizador, pues, como había dicho Ortega en 1913, «una España nueva sólo es posible si se unen estos dos términos: democracia y competencia»²⁸.

Si la revista *España*, fundada por él en 1915, puede considerarse la formulación más brillante y ambiciosa de este proyecto, sus peripecias son también la demostración de la fuerte resistencia que encuentra en la realidad social. Consciente del fracaso económico de la publicación, que bajó muy pronto de cincuenta a veinte mil ejemplares, Ortega dejará la dirección de la revista en manos de Luis Araquistáin para emprender con *El Sol* una nueva aventura empresarial, esta vez de la mano pródiga de Nicolás de Ugoiti. El propio Araquistáin evocaría, muchos años después, el desencanto del filósofo madrileño ante las dificultades económicas de *España*, debidas, según él, no tanto a la falta de lectores como a la escasa publicidad contratada²⁹. Por lo demás, el mecenazgo ejercido por Luis García Blanco y las subvenciones recibidas de las embajadas aliadas resultaron insuficientes para dar a la revista la dimensión paradigmática que había querido darle su fundador como modelo de «democracia y competencia».

De la presencia personal de Ortega en las páginas de la revista, fundamentalmente a lo largo del año 1915, me interesa destacar su vaci-

²⁶ *El Globo*, 11 de enero de 1903.

²⁷ «Ideas. Otra manera de pensar», en *El Sol*, 16 de diciembre de 1917.

²⁸ «Competencia», en *El Imparcial*, 8 de febrero de 1913.

²⁹ L. ARAQUISTÁIN, «Jose Ortega y Gasset. En defensa de un muerto profanado», 1955; he reeditado este texto en *Leviatán*, núm. 45, 1991, pp. 101-117 (lo relativo a *España*, pp. 110-111).

lante actitud hacia el entorno social. Porque se dan a la vez dos fenómenos —búsqueda del público y crítica de la opinión pública— que no son nuevos en él y que, siendo manifiestamente contradictorios, responden, sin embargo, a una profunda lógica. Por una parte, hay una voluntad de llevar un mensaje de regeneración liberal a amplias masas nacionales. El saludo de la revista al lector, redactado por Ortega, presenta todos los viejos *tics* del liberalismo español en su discurso social, su dificultad para definir ciertos conceptos recurrentes del mundo contemporáneo —nación, patria, pueblo, público— y su consabida tendencia a la tautología: la patria es la nación; la nación es el pueblo; el pueblo es la patria... Hay también en este primer texto una vaga definición del lector de *España*, al que Ortega imagina viviendo «en el fondo de una provincia», modestamente ocupado en sus «afanes aldeanos». El gran reto de la revista es trascender el espacio de la España oficial, identificado con Madrid, para llegar al *eje nacional* en su imaginario recorrido «por cada pueblo, por cada campiña».

Enérgico vindicador del papel de las élites, Ortega no escapa del todo, sin embargo, al persistente reclamo del populismo, al tiempo que como promotor de empresas periodísticas se encuentra sometido a la férrea servidumbre del mercado, es decir, del público. Ahora bien, Ortega mantendrá con él una relación un tanto desquiciada: le busca porque sabe que le necesita, pero a la vez repudia su indisciplina, su versatilidad, su tiránica influencia en el mercado periodístico, en el que sólo parecen prosperar aquellos que se prestan a la «adulación populachera»³⁰. Sus artículos en *España* abundan en regañinas más o menos solapadas a la opinión pública:

Muy rara vez es la opinión pública lo que ella dice —afirma Ortega en un artículo del 2 de julio de 1915—. Sólo en raros, fugitivos instantes de plenitud social, coincide lo que se dice con lo que se siente. Yo no me refiero ahora a las falsificaciones premeditadas de la opinión que este político o aquel periódico intenten cometer. No; ella misma es insincera, reservada, jeroglífica. Dice siempre otra cosa, si no contraria, por lo menos distinta de la que siente.

Prueba de la insinceridad radical de la opinión pública es que no se ha dado el caso jamás de que en ella se eche la culpa el público a sí mismo. Siempre es otro el causante del mal. ¿Quién duda de que frecuentemente lleva razón? Pero si el mal de un pueblo llega a consistir ni más ni menos que en ser barrido de la faz de la Historia, ¿quién duda de

³⁰ Cit. por Gonzalo REDONDO, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, 2 vols., Ed. Rialp, Madrid, 1969; I, p. 39.

que es él el culpable? No obstante, cuando ese caso ominoso llega, el pueblo tiene siempre a mano algún conde Don Julian o algún Don Opas sobre quien descargar la responsabilidad.

Todo nuevo liberalismo —concluye el autor— que aspire a la honestidad y a la eficacia —y esto es política en alto sentido, honesta eficacia, eficaz honestidad!— tiene que comenzar ajustando bien sus cuentas con la opinión pública³¹.

El *ajuste de cuentas* prosigue en éste y en otros artículos de Ortega, y a menudo alcanza a otras instancias de la vida nacional, como son las Cortes y la prensa. Los continuos sinsabores del filósofo en su lucha contra las grandes masas organizadas —partidos, periódicos, opinión pública— van afirmando su fe en las élites intelectuales como única fuerza honesta y creativa en la España de la Restauración: «Desde 1900 —escribe en *El Sol* en julio de 1922—, las únicas batallas, grandes o pequeñas, por España ganadas, las han ganado los intelectuales»³². La idea permanecería largo tiempo en el ambiente, y acabaría cuajando, casi diez años después, en la Agrupación al Servicio de la República. El famoso artículo de Azorín titulado «La República es de los intelectuales», también publicado en *El Sol*³³, es fiel reflejo del inveterado narcisismo de nuestras élites.

La revista *España*, con Araquistáin al frente, no cejará en su cruzada contra la prensa de masas y sus numerosos lectores, ese público que, en palabras de Unamuno, «por odio y por miedo a la intelectualidad» toma siempre el camino equivocado³⁴. De todas formas, *España* abundará más, por lo general, en la ausencia de pueblo que en su perniciosa influencia en la realidad española. Un enigmático poema de Jose Moreno Villa, titulado «Del mar»³⁵, expresa una mezcla de confusión y arrebatado ante esa misteriosa criatura que es el pueblo, caracterizado como una fuerza arbitraria y esquiva de la naturaleza, a la que el autor quisiera amar desde la distancia. El poema se divide en tres bloques diferenciados, correspondientes a dos interrogantes y una afirmación/conclusión. El primer bloque lleva por título «¿Hay pueblo?», y desde sus dos primeros versos —«¿Y dónde está ese mar azul o tormentoso/que levanta un país o lo hunde en la sima?»— atestigua el frustrado empeño del poeta en identificar a su personaje, representado alternativamente como

³¹ «Ideas políticas, II: Marruecos ¿si o no?», *España*, 2 de julio de 1915.

³² «Ideas políticas. Ejercicio normal del Parlamento», en *El Sol*, 1 de agosto de 1922.

³³ *El Sol*, 4 de junio de 1931.

³⁴ «Ese público...», *España*, núm. 56, 1916.

³⁵ «Del Mar», *España*, núm. 10, 1915.

un elemento natural —el mar, un lago— y como un héroe de la mitología cristiana:

¿Es un lago?

Pueblo mío, la duda me tienta con su amago.
Eres como el San Jorge de acero medioeval,
O eres un pusilánime y melindroso lago,
Sin bucles tormentosos en tu faz de cristal?

El tercer bloque del poema figura bajo el lema «No estaré sujeto a ti, muchedumbre», y presenta al poeta rendido de amor ante su criatura, pero de un amor distante y, podríamos decir, platónico:

¡Puerto, boca de novia, dulce reclinatorio,
Periódica hostería del ave laboriosa:
Desde el más apartado y erecto promonctorio
Te mandará mi aljaba de amor su blanca rosa!

El poeta se siente irresistiblemente atraído por el pueblo, al que, no obstante, sólo acierta a definir por su formidable capacidad de seducción. Le ve como destino natural de sus ansias, lugar de llegada y de reposo, pero hay algo en él —tal vez su propio poder de atracción— que le hace enigmático y temible. Al final, el poeta consigue resistir la fuerza de su criatura, aunque no renuncia a testimoniarle su amor desde un «apartado y erecto promonctorio», en el que cualquiera podría ver un trasunto de la famosa «torre de marfil».

El poema de Moreno Villa es la formulación mitológica de un conflicto que en los años veinte y treinta evoluciona de forma vertiginosa. La neurosis social de las élites intelectuales atraviesa durante esta época por una fase eufórica, que parece indicar la superación del cuadro depresivo posterior al 98. Que la esquizofrenia continúa latente lo demuestra, por ejemplo, la obra de Azorín de principios de los treinta: por una parte, la exaltación mística del pueblo, de «los que trabajan y sufren», como reza el subtítulo de su relato *Pueblo* (1930); por otra, la defensa del protagonismo exclusivo de las élites en el cambio de régimen, como en el citado artículo «La República es de los intelectuales» (1931). El autor intentará, no obstante, reconciliar ambas tendencias en la fábula final de *Pueblo* —«Acaba el epílogo en un sueño»— cuando el conflicto se resuelve en una síntesis alucinada de los dos elementos: la masa popular proporciona el combustible que alimenta el fuego de la inteligencia.

El pueblo daba sin cesar instinto de vivir que nutría la llama del so-
plete; la llama destruía ese instinto al transformarlo fatalmente en
inteligencia; pero, en seguida, sin interrupción, salía del depósito más
instinto de vivir que alimentaba la llama. Y esa llamita, que era la inte-
ligencia —lo más aristocrático del mundo—, vivía a expensas del pue-
blo³⁶.

El propio Azorín plantea en un texto del año 1930 «Teatro y pue-
blo»— la búsqueda de una alternativa popular a la crisis del teatro bur-
gués a partir de la transformación del pueblo en público y la consecución
de una gran alianza cultural entre masas y vanguardia³⁷. La idea,
desde luego, no era nueva. En una carta fechada en 1922 y dirigida a
Cipriano Rivas Cherif, don Ramón del Valle Inclán formula la necesi-
dad de renovar el público del teatro contemporáneo mediante una rup-
tura tajante, con la burguesía:

El teatro no es un arte individual (...). Sin un gran pueblo, imbuido
de comunes ideales o dolores, no puede haber teatro. (...) ¿Quiénes son
espectadores de las comedias? Padres honrados y tenderos, niñas idiotas,
viejas con postizos, algún pollo majadero y un forastero. Los mis-
mos que juegan a la lotería en las tertulias de la clase media. Por eso los
autores de comedias —desde Moratín hasta Benavente— parecen naci-
dos bajo una mesa camilla. (...) En sus comedias están todas las lágrimas
de la baja y burguesa sensibilidad madrileña³⁸.

Contra esa misma clase social y contra su gusto adocenado escribi-
ría Lorca su obra *El público* (1929-1930), alegato en pro de la emanci-
pación de la escena respecto a esa «burguesía frívola y materializada»
que, según afirma Lorca en 1934, era el único público hostil al verda-
dero teatro³⁹. De ahí su alternativa dramática basada en un teatro al aire
libre, de raigambre clásica y popular, y de ahí también la creación de
La Barraca como expresión de una utopía cultural surgida en el con-
texto reformador de la II República. En todo caso, conviene recordar
que esta reacción contra el arte burgués, acelerada tras el 14 de abril de
1931, responde a un fenómeno universal de fascinación de las
vanguardias por las multitudes, convertidas en protagonistas del gran

³⁶ AZORÍN, *Pueblo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, p. 152.

³⁷ «Teatro y pueblo», artículo publicado por *La Prensa* de Buenos Aires, 14 de diciembre de 1930; cit. por Javier TUSELL y Genoveva QUEIPO DE LLANO, *Los intelectuales y la República*, Nerea, Madrid, 1990, p. 172.

³⁸ «Cartas inéditas de Valle Inclán», *Ínsula*, núm. 398, enero de 1980.

³⁹ Cit. por María Clementa MILLÁN en su introducción a *El Público* de García Lorca, Ed. Cátedra, Madrid, 1988, p. 27.

espectáculo de la modernidad: el deporte, el cine, la radio. Cunde, pues, la obsesión por inventar, en palabras de Machado, «un arte para multitudes urbanas, de agora, de estadium, de cinema monumental, de plaza de toros»⁴⁰.

No deja de ser curioso que el máximo representante del nuevo régimen político, don Manuel Azaña, fuera definido por Unamuno como un escritor sin lectores, capaz de hacer una revolución con tal de conseguirlos. El propio Azaña ironizó en alguna ocasión sobre sí mismo como autor de un puñado de libros «que no le importan a nadie»⁴¹. En cierto sentido, podría decirse que el fin último de su obra política era más o menos el que maliciosamente le atribuyó Unamuno. Se trataba de producir en España un formidable cambio cultural que permitiera al liberalismo democrático contar, por primera vez en su historia, con la adhesión de amplias masas populares, a la vez conscientes y disciplinadas. Moldear en esas masas una conciencia liberal es la tarea que Azaña se impone: «Nosotros, que nos encontramos construyendo un pueblo...»⁴².

El proyecto azañista era de una magnitud y una complejidad desmesuradas, y se inscribía, además, en un contexto internacional muy desfavorable, de crisis general del liberalismo parlamentario. No es cuestión tampoco de abordar a fondo las causas de su fracaso. El hecho es que, en la dimensión cultural que aquí nos atañe, el reformismo de Azaña presenta un balance en claroscuro, con brillantes destellos que no llegan, sin embargo, a iluminar el lado oscuro de la política republicana. Porque da la impresión de que la República perdió desde el comienzo la batalla de la información, mientras que sus notables éxitos en instrucción pública no llegaron, por falta de tiempo, a rendir los frutos deseados en la formación de una nueva conciencia civil. Los principales medios de comunicación mantuvieron una actitud en general hostil al régimen republicano, por lo menos en la versión progresista que Azaña representaba. Como es sabido, el intento de Rivas Cherif de crear un *trust* de prensa adicta al presidente se saldó con un estrepitoso fracaso. Azaña tampoco calibró la enorme importancia de la radio en la lucha por captar el apoyo de la opinión pública, y ello a pesar del concienzudo plan de propaganda que en 1933 remitió al gobierno el embajador de la República en Berlín, el socialista Luis Araquistáin, plan inspira-

⁴⁰ Cit. por J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *op. cit.* p. 45.

⁴¹ Cit. por José María MARCO, *Azaña*, Mondadori, 1990, p. 158.

⁴² Discurso pronunciado en Madrid, 16 de octubre de 1933, recogido en la *Antología* publicada por Alianza Ed., Madrid, 1983, tomo 2, p. 156.

do, según reconoce su autor, ¡en la política propagandística del nacional-socialismo!⁴³. Y, en fin, la increíble difusión que alcanzan las obras de algunos autores anti-republicanos, como el infame Caballero Audaz, muestra la inclinación de un numeroso sector del público hacia las propuestas más reaccionarias.

Todo ello no debe empañar, sin embargo, el doble éxito de Azaña como principal definidor del significado histórico del régimen y como creador de un discurso genuinamente republicano, capaz de transmitir, y de hacer compartir, un ideario político lleno de sentimiento y de razón. Y sobre todo no debe ocultar el enorme poder de convocatoria evidenciado por Azaña, su capacidad para comunicarse directamente, casi cuerpo a cuerpo, con inmensas multitudes. Puede decirse que ese público popular del que careció como escritor lo tuvo a manos llenas como orador político.

Como en otros miembros de su generación, es patente la obsesión de Azaña por llegar a una ósmosis entre el pueblo, depositario de la tradición y fuente de toda legitimidad, y la inteligencia como elemento conductor:

Un pueblo en marcha —había escrito en 1924—, gobernado con buen discurso, se me representa de este modo: una herencia histórica corregida por la razón⁴⁴.

O bien:

La obligación de la inteligencia —leemos en *Tres generaciones del Ateneo*—, constituida, digámoslo así, en vasta empresa de demoliciones, consiste en buscar brazos donde los hay: brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto, elevado a la tercera potencia a base de injusticias. A ese hombre debe ir el celo caluroso de la inteligencia, aplicada a crear un nuevo tipo social. (...) Los gruesos batallones populares, encauzados al objetivo que la inteligencia les señale, podrán ser la fórmula del mañana. En rigor, nunca las cosas han ocurrido de otra manera⁴⁵.

La singularidad de Azaña estriba en el firme soporte histórico que incorpora al proyecto republicano, su concepción del régimen en la

⁴³ Luis Araquistáin a Luis de Zulueta, ministro de Estado, Berlín, 16 de marzo de 1933; AHN, Diversos. *Araquistáin*, leg. 41.

⁴⁴ Antología. Ensayos. *op. cit.*, p. 46.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 230.

perspectiva de la revolución liberal española, cuyas imperfecciones y carencias venía a resolver la República de una vez por todas mediante una audaz política reformista. Sin ser privativas de Azaña, esta conciencia de vivir el fin de un ciclo histórico —el ascenso del liberalismo democrático en España— y esta voluntad de cerrar ese ciclo de la mejor manera posible orientan de forma obsesiva toda su obra política y literaria, y se confunden incluso, casi genéticamente, con su propia biografía.

Nadie como Azaña, por otra parte, creyó tan apasionadamente en la vigencia y en la viabilidad de una República democrática de corte reformista. Tal vez por eso, el fracaso del régimen provocó en el presidente un dramático desencanto sobre personas, ideas e instituciones. Su resentimiento con Cataluña durante la Guerra Civil es altamente sintomático del cambio que en él se había operado. De igual forma, mientras los intelectuales republicanos parecen haber alcanzado la ansiada comunión con el pueblo —como en 1808—, algunos textos de Azaña posteriores a julio de 1936 revelan un profundo escepticismo sobre las posibilidades de salvar el abismo histórico que separaba a las élites de la muchedumbre:

Por remate de un siglo de liberalismo superficial comprometido —escribe en *La velada en Benicarló*—, habíamos llegado a creer que la República inauguraba propiamente en España una era de independencia espiritual y de respeto al pensamiento. Esta posición pertenece a pocos. La gracia de la libertad intelectual y moral recae directamente en pocas almas. La educación de la muchedumbre en esa línea es difícil, lenta. En nuestro país, improvisada; y para ciertos resultados, tardía. La muchedumbre no es tolerante ni respetuosa con la opinión ajena⁴⁶.

Machado se pregunta en 1937 si Larra habría llegado, suicidarse de haber contemplado el heroico espectáculo de la defensa de Madrid. No conocemos la opinión de Azaña al respecto, pero no es difícil imaginársela: en el centenario de su muerte, *Fígaro* encontraría, a su juicio, por lo menos tantas razones para acabar con su vida como en 1837.

El estallido de la guerra civil marca el final de un largo proceso iniciado con la Guerra de la Independencia. Recordemos aquella intuición de Azaña con que empezaba este trabajo: el liberalismo español, como un fenómeno *de entre guerras*. Al igual que en 1808, la guerra concede al pueblo todo el protagonismo en la resistencia y, por tanto, en la revolución, lo que le convierte, como en aquella ocasión, en referencia fundamental del quehacer de las élites progresistas:

⁴⁶ M. AZAÑA, *La velada en Benicarló*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1939, pp. 168.

Creo que en este momento, más que nunca —afirma César Vallejo en plena guerra—, los escritores libres están obligados a consubstanciarse con el pueblo y romper esa barrera secular que existe entre la inteligencia y la materia⁴⁷.

Pero para muchos esa barrera resultó ser insalvable⁴⁸, y el hecho es que, entre 1936 y 1939, élites y pueblo —«la España de la rabia y de la idea», según la definición de Machado—, en vez de culminar en el encuentro un largo viaje de mutua búsqueda, parecen hallarse como en 1808, es decir, en el punto de partida de unas relaciones marcadas casi siempre por la distancia y por la desconfianza. De todo ello se ha visto aquí la versión unilateral de la minoría ilustrada, mucho más asequible al historiador, entre otras cosas porque es siempre la que más perdura. Si, en algún momento de ese viaje pirandelliano, pueblo y élites llegaron a cruzarse en el camino, puede asegurarse que jamás se reconocieron.

⁴⁷ Cit. por Serge SALAÜN, «Poetas de oficio y vocaciones incipientes durante la guerra de España», en *Creación y público en la literatura española*. Ed. Castalia, Madrid, 1974, p. 188.

⁴⁸ Cfr. *ibíd.*, sobre todo, pp. 193-196.